

TRIBUNA POLITICA

¿Dónde vas, España?

FRANCISCO PERONA MARTINEZ Militante del CDS

LA cuestión social vuelve a ser en España el principal motivo de inquietud y la amenaza más seria a la estabilidad del sistema democrático. Los esfuerzos del Gobierno socialista, rectificando incluso las líneas principales de su política económica, no devuelven la confianza a los principales agentes sociales, porque los constantes titubeos dibujan la imagen de un Gobierno desconcertado, tratando de salvar los muebles y sin ideas claras de cómo salir de la crisis.

El desesperante aumento del paro, la crisis de la Seguridad Social y la inflación, que probablemente se disparará con la implantación del IVA, preparan un año electoral ciertamente agitado. Y la locomotora socialista, menos popular ya que los viejos trenes de las películas del Oeste, parece que se ha detenido. El gran pacto para resolver las grandes cuestiones nacionales entre todos y salir a la competencia europea con garantías, es ahora especialmente necesario para impedir que la cuestión social se convierta, una vez más en España, en un volcán en erupción. Arrimando todos el hombro, con auténtico sentido de la solidaridad y con verdadero patriotismo, España tiene vitalidad suficiente para salir adelante.

El radicalismo de los españoles no nace tanto de las cabezas llenas de ideales como de los estómagos vacíos. Conviene tenerlo en cuenta y que no se engañen los doctrinarios. Con los estómagos vacíos es muy difícil ser libre. Suele ser cuando un viento de locura colectiva sacude, de tiempo en tiempo, y de la calle se apodera la desesperación y la rabia. Espero que no se llegue a este trance. Por eso no es bueno fomentar la bipolarización política como ahora está ocurriendo, sin que los intelectuales den la voz de alarma, demostrando un mínimo de lucidez.

Sería injusto culpar al Gobierno de todos los males, pero tenemos que reconocer que ha cometido grandes errores.

Creó falsas expectativas, para llegar avasalladoramente al poder, como la creación de 800.000 puestos de trabajo o la salida de la OTAN mediante referéndum.

Otra no menor es el espejismo de su programa de cambio, lo que se demuestra al compararlo con la realidad. El objetivo de que «España funcione» hasta ahora no se ha cumplido.

Las grandes reformas de la Administración Pública, Sanidad, Seguridad Social, enseñanza, Policía, Fuerzas Armadas, Justicia, etc., están por hacer cuando falta poco más de un año para que se acabe la legislatura.

El impetuoso oleaje del cambio llega muerto a la playa, amansado por los arrecifes y rocosidades del camino.

España está jugándose en este tiempo su futuro, cuando estamos a punto de ser ciudadanos de Europa. Perdidos en pequeñas cuestiones domésticas, y en operaciones políticas de café, da la impresión de que aquí casi nadie se preocupa de que estamos ante un reto histórico de incorporarnos a la segunda revolución industrial, con una sustancial transformación de la mentalidad, o quedarnos en el furgón de cola de Europa, fuera del ámbito de la prosperidad que viene. Probablemente ni los socialistas ni los conservadores, ambos con anticuadas concepciones y con proyectos políticos desfasados por la nueva realidad, son capaces de crear las condiciones necesarias para que la sociedad española libere el inmenso caudal de sus potencialidades y se asome a la nueva frontera.

El país más próspero no será el que tenga los más potentes sindicatos de clase, como contrapoder a la voluntad popular manifestada en el Parlamento. Ni siquiera el que posea más fábricas de microordenadores de patente japonesa, o de automóviles, con marca extranjera. Tampoco el que multiplique hasta el infinito insolidariamente sus particularismos. Será un país próspero el que cultive la libertad y la inteligencia de sus ciudadanos; el que fomente la investigación y la cultura, y presente la mejor cúpula de intelectuales, artistas e investigadores. Esta es la revolución que viene. La revolución de la imaginación, de la comunicación y de la inteligencia.

EL TIO PENCHO



LA CALANDRACA

De «tonta del bote» a «doncella paciente»

GARCIA MARTINEZ

CON motivo de una visita que nos hizo Suárez, cuando era presidente del Gobierno, escribí un artículo en el que, a la vista del muy escaso interés que los políticos de Madrid mostraban por nuestros problemas, bautizaba yo a Murcia con el sobrenombre de «la tonta del bote». La ocurrencia, penosa en lo que tiene de reflejo de una realidad, hizo fortuna, y todavía de cuando en cuando la traen a colación quienes piensan que todo, desde entonces, sigue aproximadamente igual. Hace poco tiempo, en Madrid, con motivo de la conferencia que pronunció Collado en el Club Siglo XXI, Emilio Romero me invitó a intervenir en el coloquio. Dije que mi impresión, personal, en lo tocante a las relaciones entre Murcia y Madrid, así como entre Murcia y el resto de España, era que los murcianos no pisábamos con fuerza, ni en los despachos de la Administración Central, ni en el conjunto de las autonomías.

En uno y otro caso, cuando vino Suárez y cuando fue Collado, mis explicaciones fueron recibidas como las propias —y, por lo tanto, esperadas— de un periodista (¡válgame Dios!) agresivo. No había, pues, porqué tomárselo demasiado en serio. Desde hace unas pocas semanas —convencido como está el cronista de que no merece la pena andar siempre a

vuelitas con los políticos y, por ello, medio mudo en los papeles— es otra voz, que no procede esta vez de la prensa canallasca, la que retoma la vieja historia de «la tonta del bote» y del «pisa, morena», adjudicándole a esta región un nuevo apodo: el de «doncella paciente».

Quien ahora clama —supongo que también en el desierto— es el mismísimo consejero de Economía y Hacienda del Gobierno de la Comunidad Autónoma. Molina Molina se ha destapado con varias intervenciones públicas, en las que viene a decir: que la Región se está empobreciendo a marchas forzadas, que cada vez son menores las inversiones del Estado y que los políticos regionales tienen que mostrarse más agresivos con las autoridades de Madrid. Así, pues, por fin un político reclama como benéfica y necesaria, tanto para sí como para sus colegas, esa agresividad que, para decir las cosas claras, usaba el periodista, y que tan exagerada o fuera de lugar les parecía a algunos.

Esperemos que no sea ahora el propio Molina quien tenga que soportar de sus compañeros la misma gélida, indiferente e inamistosa reacción que tantas veces ha tenido que aguantar el periodista, por atreverse a decir lo que su corazón siente.

La gran contradicción

J. M. SERRANO

EL consejero Molina se encuentra sumido en una serie de contradicciones a las que le ha llevado cierta política de derribo y acoso que hay contra su persona. Si no es así, no se puede explicar la sinrazón de una rueda de prensa, la de ayer, en la que intentó dar una imagen distinta de la Murcia empobrecida que él mismo, con los datos en la mano, quiso llevar al ánimo de los murcianos en una convocatoria anterior.

Molina no ha tenido la valentía suficiente como para mantenerse en sus trece y ha aceptado salir a la palestra a desdecirse, lo cual es de bochorno

supino. Todo porque el presidente Collado ha caído en la cuenta de que no era conveniente para la imagen de su Gobierno y de las perspectivas electorales del PSRM-PSOE continuar diciendo que estamos mal y que la tendencia no es la de mejorar. En otra región, posiblemente, los políticos y la ciudadanía hubieran aplaudido la postura y se hubieran apiñado para salir del pozo, mientras que aquí por las especiales circunstancias que concurren en el consejero y el miedo atávico de nuestros gobernantes socialistas a reconocer que algo no funciona bien, se le han tirado a la yugular y Molina ha tenido que hacer el ridículo.

Mientras, las risitas compla-

cientes de determinados parlamentarios socialistas de la Asamblea Regional, en el momento de llegarles el rumor-bulo de la dimisión, es otra señal de que algo no funciona como es debido en el ejecutivo murciano.

No es la primera vez que a Molina se le da un tirón de orejas, aunque en esta ocasión se le ha obligado, además; a tener que efectuar una cómica pirueta de la que el consejero no va a salir bien parado. Quizá sea de las últimas amonestaciones porque al consejero se le está acabando la paciencia y observa, deprimido, que sus tesis no sirven para movilizar a la región, sino para despertar los recelos y que Collado le recuerde que el año que viene habrá elecciones.

POR MAN